

(Continuación)

El 15 de agosto llegan a Aranda, haciéndolo dos días después el Infante con el revoltoso Obispo de Astorga, y así toda la élite de personajes que invadieron la sencilla población Castellana, que pronto se llenó de lios e intrigas gubernativo-cortesanas. De Valladolid vinieron rumores de que el Rey no desembarcaría, y que la sabida de Cisneros era para llevar al Infante a Flandes, teniendo que apaciguar los ánimos el Regente.

Por otro lado, el eternamente turbulento Girón, oyendo que Cisneros estaba enfermo y que caminaba hacia el norte, creyó llegada la ocasión de volver a sus andadas, moviéndose en son de guerra por Medina Sidonia, conduciendo indigna, y pasmosa paciencia que con el hijo el Regente, a quien se acusa injustamente de violento y cruel. Con todo, y comandando a Quiñones de León, que se lo trajese vivo a los cerros para que perdona en sus pretensiones, acudieron a Villafrades.

Mientras tanto se preveía que se esperaba por España, éste no aparecía por el horizonte. Desde Middelburgo aún no se recibía noticia que como al mismo tiempo las intrigas de la cámara.

Esta notable intriga fue manejada por el Cardenal, ruidoso tuvo lugar en los últimos años de su vida, graves consecuencias, del achacoso fraile en sus años de su vida.

En los propios salones del Infante es manejado ficio bastardo de muerte del Católico, curso a este Infante. Pero en aquel jovencito de fuerte de su vida.

Nacido en Alcalá por Cisneros: este Príncipe por su acuerdo no podían prescindir que oídasen de la edad joven.

Estas personas, cuyos puestos para dicha edad y después Comendador Mayor de Calatrava, D. Pedro Núñez de Guzmán, su preceptor, D. Alvaro Osorio, Domingo y Obispo de Astorga, su camarero mayor, don Gonzalo de Guzmán, su tesorero, Saucedo de Paredes y su camarero mayor, Suero del Aguila y D. Isabel Carvajal, su mujer, que era muy querida del Príncipe, y otros varios personajes poco afechos a la política del Regente cast.

Respecto a los señores de Castilla, que el Rey y el Infante eran muy recelosos al Cardenal y a sus secretarios, pues espiaban a Flandes muchas cosas que tenía que callar. Era una perversa criatura y más mal las artes y más mal las artes y más mal las artes.

Del Comendador Mayor, impuesto a la Orden por elección de Adriano, nunca fue grato a la dicha Orden mucho menos al Cardenal, haciéndose de día en día sospechoso, habiéndose entonces de levantar a Fernando como Rey de Aragón, donde era muy bien querido.

No se sabe quién armó la trama.

ambiciosos, o los Aragoneses descontentos. Estos, en tiempo del Católico lo tenían todo, no pudiendo sufrir después el verse sin él, queriendo levantar al Infante por ser heredero del Rey Católico, y acriado a sus tentos.

Pronto se dió cuenta al Cardenal de la tormenta que se estaba fraguando, y empezó a poner inmediato remedio, llevando consigo a su propia casa al Príncipe, para tenerlo siempre a la vista, incluso con su familia.

Cisneros amaba al Infante, por haber crecido en su posada, siendo ambos muy buenos amigos, y no quería ver en él un peligro para la legítima monarquía de sus personales inclinaciones al derecho y a la justicia.

Escribió a Flandes para que eligiesen nuevos sitios cerca del Príncipe, ya que estos nombramientos no eran de la competencia del Regente, que por otro lado ya que estaba aguardando en su propia morada, meses de sus propios ojos proseguir su camino como los husanos, agregando la casquivana virada del Rey, simpatizante con el Infante, y dadas a todos los empujes y

ocurrir un día de agosto de 1517, en Aranda, Antonio de Rojas, nada más a Flandes para comunicar al Príncipe, no estaba concertando con los señores de Su Alteza.

El Rey y el Infante brinca con el punto, dicen mucho, incubando, y sobre el cual hipotecar los poderosos personajes que no quedase rastro de él, ocurrió así la cosa: Cuando llegó Cisneros al Infante y su corte, pocos días un correo con reales al Comendador Mayor; otro correo, al Infante, y el principal, un año y letra de D. Carlos, de los destinatarios quedaban repletos la persona de su hermano el Príncipe a sus casas, y haciéndose capaces del castigo de que se iban las constantes intrigas.

El Cardenal, le reconvenía por su ligereza en estos tiempos de guerra y guerra civil, con sus malcalculadas intenciones, redundando todo en perjuicio de los derechos, y dando mucho sentimiento. Mientras tanto, el Príncipe iba en la compañía de don Alonso Téllez Girón, hermano del Marqués de Villena.

La última carta, y la más grave, es para Cisneros, donde le hace un resumen de todo lo que va saliendo el Regente, y se le anuncia la destitución de toda aquella camorra, pero con el expreso deseo de que se acierte todo con orden, prudencia y rapidez, y sobre todo en el mayor secreto, y sin ofender a su otro hermano, el Príncipe, que es el más querido. ¿Sería un simple fingido secuestro?

El Cardenal le ordena se embarque con las quejas del Rey, y que vaya al Obispo de Astorga, que es el mayor enemigo, y que que tengo el mayor cargo, pues ha sido mayor tiempo el cargo que el del Comendador Mayor. Ordenado que se vuelva a su Obispado, y no vuelva más a su cargo, y se vuelva todo esto los días que se le ordena, y se le ordena que se vuelva a su Obispado, y no vuelva más a su cargo, y se vuelva todo esto los días que se le ordena, y se le ordena que se vuelva a su Obispado, y no vuelva más a su cargo.



EL CARDENAL CISNEROS

BIOGRAFIA DE UN GRAN HOMBRE

por

Antonio Cantó Téllez

(15)

RESUMEN

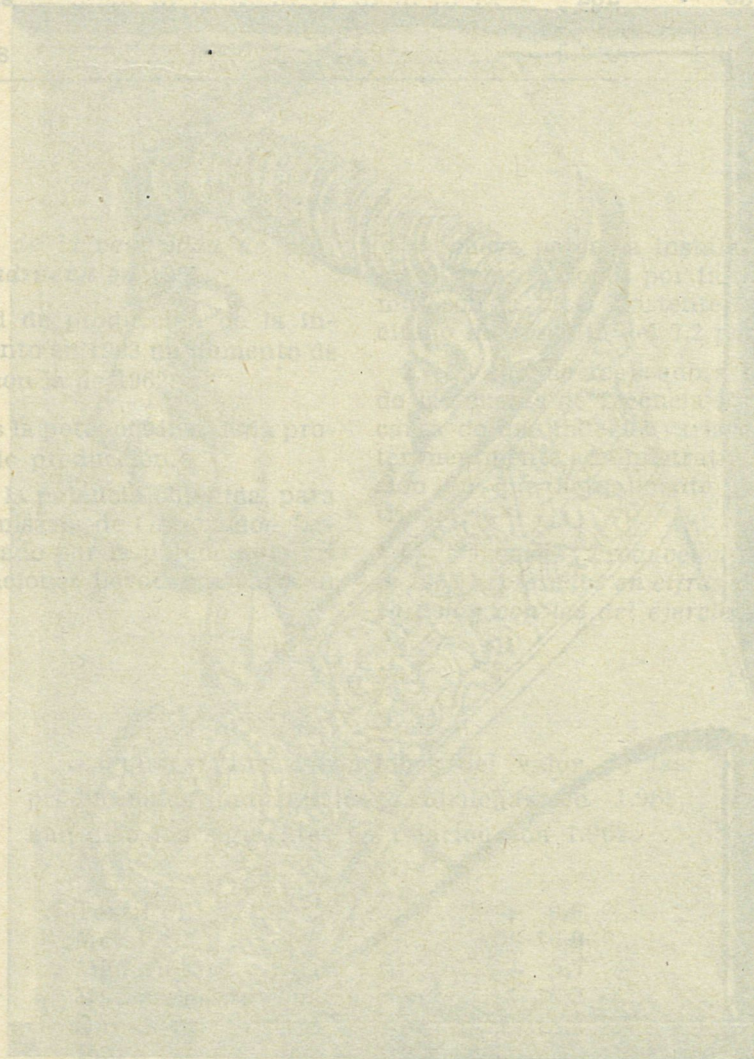
| RAMAS | Año 1962 | | Año 1963 | |
|--|----------|-------|--------------|--------------|
| | Altas | Bajas | Altas | Bajas |
| 1. ^a Alimentación | 268 | 91 | 370 | 172 |
| 2. ^a Textil | 516 | 167 | 432 | 244 |
| 3. ^a Madera, Cercho, Papel y Artes Gráficas | 621 | 126 | 579 | 237 |
| 4. ^a piel, Calzado y Caucho | 210 | 58 | 187 | 99 |
| 5. ^a Industrias Químicas | 120 | 47 | 164 | 115 |
| 6. ^a Industrias de la Construcción, Vidrio y Cerámica | 906 | 283 | 815 | 473 |
| 7. ^a Industrias Metalúrgica | 2.107 | 419 | 1.621 | 592 |
| 8. ^a Servicios públicos (Agua, Gas y Electricidad) | 20 | 5 | 8 | 6 |
| 9. ^a Actividades diversas | 232 | 63 | 207 | 66 |
| TOTALES | | | 4.332 | 2.004 |

5) PREGUNTA: Variación de la producción en la industria madrileña.

RESPUESTA: La capacidad de producción de la industria madrileña experimentó en 1963 un aumento de un 7,2 por 100 en relación con el año 1962.

NOTAS.—1. Consideramos la producción proporcional a la capacidad de producción.

Partimos del cómputo de la producción al final de 1960, por la Comisión de Estadística de Madrid, incrementado con las nuevas industrias y ampliaciones de capacidad en los años 1961 y 1962.



| | |
|--------------------------|----------|
| Alimentación | + 2,5 % |
| Papel | + 10,4 % |
| Minas y canteras | + 0,1 % |
| Construcción | + 10,3 % |
| Electricidad y gas | + 10,9 % |

TOTAL: + 7,2 %

EL CARDENAL CISNEROS

NOTAS.—1. Las variaciones del volumen de la producción física de cada una de las ramas han sido obtenidas a partir de la tabulación y ponderación de los datos cuantitativos de la encuesta conjuntural de esta Cámara Oficial de la Industria relativa al pasado año 1963.

2. Los datos de minería, de tan poca importancia en nuestra provincia, corresponden al año 1962.

3. Se ha supuesto el mismo índice para construcción ante la falta de datos consistentes de aquella actividad.

4. El pequeño aumento de la rama de productos de la alimentación, obedecen a la considerable baja de la industria azucarera.

Antonio Cordero

Madrid, 3 de febrero de 1964 (12)

(Continuación.)

El 15 de agosto llegan a Aranda, haciéndolo dos días después el Infante con el revoltoso Obispo de Astorga, y así toda la élite de personajes que invadieron la sencilla población Castellana, que pronto se llenó de líos e intrigas gubernativo-cortesanas. De Valladolid vinieron rumores de que el Rey no desembarcaría, y que la salida de Cisneros era para llevar al Infante a Flandes, teniendo que apaciguar los ánimos el Regente.

Por otro lado, el eternamente turbulento Girón, oyendo que Cisneros estaba enfermo y que caminaba hacia el norte, creyó llegada la ocasión de volver a sus andadas, moviéndose en son de guerra por Medina Sidonia, conducta indigna, y pasmosa paciencia que con él tuvo el Regente, a quien se acusa injustamente de violento y cruel. Con todo, y con estar tan acabado de fuerzas, mandó a Quiñones de León, Gobernador de Sevilla, para que se lo trajese vivo o muerto. El padre acudió a Cisneros para que perdonase al hijo, que, arrepentido, cesó en sus pretensiones, acordándose del terrible castigo de Villafrades.

Mientras tanto se proveía para el desembarco del Rey, que se esperaba por San Vicente de la Barquera; pero éste no aparecía por ninguna parte, y en la Corte se desconfiaba. Pero por fin se recibe carta de D. Carlos desde Middelburgo anunciando su embarque el 7 de septiembre, noticia que colma de alegría al anciano prelado, como al mismo tiempo de tristeza y dolor las descubiertas intrigas de la camarilla del Infante D. Fernando.

Esta notable intriga Cortesana del dicho Infante, hermano de Carlos V, se desenvuelve ante los mismos ojos del Cardenal, ruidoso y extraño drama, cuyo desenlace tuvo lugar en los últimos días de su Regencia, sin más graves consecuencias, gracias a la fuerza y perspicacia del achacoso fraile en los postreros momentos, que no años, de su vida.

En los propios salones de la Corte la inocente figura del Infante es manejada como eje de la trama en beneficio bastardo de muchos desaprensivos. Ya en la muerte del Católico, quiso D. Fernando proclamar Regente a este Infante. Pero en su último testamento en Madrigalejo subsanó el yerro nombrando a Cisneros, recibiendo aquel jovencito de catorce años el primer desengaño fuerte de su vida.

Nacido en Alcalá de Henares, y bautizado y criado por Cisneros, éste le amaba como a un hijo. Pero el Príncipe por su alcurnia y Cisneros por sus ocupaciones, no podían prescindir de una cámara de varias personas que cuidasen de la educación moral y política del noble joven.

Estas personas, cuyos principios no eran los más apropiados para dicha educación, eran: su ayo, el Clavero y después Comendador Mayor de Calatrava, D. Pedro Núñez de Guzmán; su preceptor, D. Alvaro Osorio, Dominicano y Obispo de Astorga; su camarero mayor, don Gonzalo de Guzmán; su tesorero, Sancho de Paredes, y su camarero mayor, Suero del Aguila y D.^a Isabel Carvajal, su mujer, que era muy querida del Príncipe, y otros varios personajes poco afectos a la política del Regente castellano.

Respecto a las cualidades de cada cuál, se ha de hacer constar: que el Obispo de Astorga era un gran intrigante de mucho cuidado, cuyas trapacerías traían muy receloso al Cardenal y a sus secretarios, pues «soplaba» a Flandes muchas cosas que tenía que callar; «la más perversa criatura y más revoltosa que jamás nació, y más malas artes y más mala lengua».

Del Comendador Mayor, impuesto a la Orden por elección de Adriano, nunca fué grato a la dicha Orden, ni mucho menos al Cardenal, haciéndose de día en día más sospechoso, hablándose entonces de levantar a Fernando como Rey de Aragón, donde era muy «bien quisto».

No se sabe quién armó la trama, si los Castellanos

ambiciosos, o los Aragoneses descontentos. Estos, en tiempo del Católico lo tenían todo, no pudiendo sufrir después el verse sin ello, queriendo levantar al Infante por ser hechura del Rey Católico, y «criado a sus *tetas*».

Pronto se dió cuenta el Cardenal de la tormenta que se estaba fraguando, y empezó a poner inmediato remedio, llevando consigo a su propia casa al Infante para tenerlo siempre a la vista, incluso con su peligrosa camarilla.

Cisneros amaba al Infante, por haberle criado en su posada, siendo ambos «muy buenos amigos». Pero al ver en él un peligro para la legítima monarquía, sacrificó sus personales inclinaciones al derecho y a la justicia.

Escribió a Flandes para que eligiesen nuevos altos cargos cerca del Príncipe, ya que estos nombramientos no eran de la competencia del Regente, que por otro lado deseaba su pronta resolución, ya que estaba aguantando aquella peligrosa camarilla en su propia morada, meses y más meses que ante sus propios ojos proseguían su tenebrosa labor, trabajando como los gusanos, agregándose incluso al contubernio la casquivana viuda del Rey Católico, Germana de Foix, simpatizante con el Infante, interviniendo entre bastidores en todos los enjuages y manejos.

Algo grave debió de ocurrir un día de agosto de 1517, cuando el Arzobispo de Granada, Antonio de Rojas, nada amigo de Cisneros, escribió a Flandes para comunicar que el ya Cardenal Adriano estaba concertando con los del Infante, «en perjuicio de Su Alteza».

Tremenda resolución del Rey y tajante firmeza con que el Regente lo hizo ejecutar al punto, dicen mucho del drama que se estaba incubando, y sobre el cual hicieron todo lo posible por tapar los poderosos personajes que en él intervinieron para que no quedase rastro de él.

En líneas generales ocurrió así la cosa: Cuando llegaron a Aranda en pos de Cisneros el Infante y su camarilla, les llegó a los pocos días un correo con reales despachos, dirigidos: uno, al Comendador Mayor; otro, al Obispo de Astorga; otro, al Infante, y el principal, a Cisneros.

Los dos primeros, de puño y letra de D. Carlos, decían, en sustancia, que sus destinatarios quedaban relevados de la asistencia a la persona de su hermano el Infante, ordenando se retirasen a sus casas, y haciéndoles las «mercedes» de dispensarles del castigo de que se habían hecho reos por sus constantes intrigas.

En la carta a su hermano, le reconvenía por su ligereza, por hacer oídos a falsos cantos de sirena y, sobre todo, a ser causa de una guerra civil, con sus incalculables consecuencias entre ambos, redundando todo en deservimiento de mis legítimos derechos, y daño vuestro, que es cosa que yo mucho sentiría. Mientras tanto relevo a las personas depuestas con la compañía de don Alfonso Téllez Girón, hermano del Marqués de Villena.

La última carta, y la más grave, es para Cisneros, donde le hace un resumen de todo lo que ya sabía el Regente, y se le anuncia la destitución de toda aquella camarilla, pero con el expreso deseo de que se ejecute todo con orden, prudencia y rapidez, y sobre todo en el mayor secreto y sin ofender a su caro hermano, al que se le explicará en privado la voluntad del Rey y sus razones para así obrar, añadiendo que puesto el señor Xevres duerme en mi cámara, M. Laxao o D. Alfonso Téllez duerma en la suya, a fin de que cuando despierte el Infante «halle con quien poder hablar». ¿Sería un mitigado secuestro?

Sigue la carta en la que le ordena se entreviste con los destituidos y les dé las quejas del Rey, sobre todo al Obispo de Astorga, que es el mayor culpado, y del que tengo el mayor enojo, pues ha sido mayor pecado el suyo que el del Comendador Mayor. Ordenadle que se vuelva rápido a su Obispado y no salga del. Una vez dícholes todo esto les daréis mis cartas a ellos dirigidas.

«Tampoco debéis olvidar el reponer en su cargo en

el servicio del Infante a su Camarera Mayor, D.^a Isabel de Carvajal, caprichosamente expulsada por el Obispo de Astorga, por haberse dicho tal vez que fué la que sirvió de espía para informarme de aquellos turbios manejos.»

Escabrosa comisión se le presentó a Cisneros con esta seria carta, que vino a complicar gravemente la necia o maliciosa intervención de Adriano, rompiendo el secreto, alma del escrito en este negocio, como recomendó el Rey.

La valija, como siempre, venía dirigida, primero al Cardenal y después al Embajador. Mas como Cisneros había salido ya de Aranda hacia La Aguilera, donde estaba descansando, el maestre de Postas se la entregó a Adriano, que sin dar parte a Cisneros, ni avisar antes a los inculpados, les entregó las cartas, deshaciendo de un golpe los planes del Rey.

Adriano, muy amigo de los interesados, sin decir nada al Cardenal, abrió las cartas, avisando al Infante de todo, dándole la carta de su hermano, como igualmente a los otros, cometiendo así una gran ruindad, aunque dió que pensar, el que en las crónicas se le excusa, pues conservó la amistad de D. Carlos, tal vez por su alma simple y casi femenina. Más que traidor, imprudente e inútil es lo que fué. El Cardenal, muy acostumbrado a «sus cosas», no le reprendió por esta fechoría.

Descansando estaba el agobiado Prelado en su retiro de La Aguilera, sentado en amplio sillón, y tapado como «galga envuelta en manta de jerga», cuando una inesperada cabalgata de caballeros vino a turbar su conversación con el Duque de Béjar y demás personajes sobre los graves asuntos del Estado.

Era el Ilustrísimo Infante y su séquito que venía a hablar con el viejo Gobernante, que aún le brillaban sus ojos negros y mantenía firme la serenidad de su espíritu, no obstante su edad y achaques.

Levantáronse los señores, y dejaron solos al Infante y su Regente. Aquél, aunque sofocado y nervioso, llevaba bien aprendida la lección, que con los ojos en lágrimas expuso en son de queja ante Cisneros, por la vergüenza de separarle de sus servidores, rogándole por la memoria de sus abuelos no consintiera se le hiciese tal injuria en público.

El Cardenal, viendo al niño tan lleno de dolor, prometiéndole grande amor y encubramiento por parte de su hermano, con tal de que no se enfrentase contra él, argumentos que, lejos de convencer el ánimo del niño, empezó a ensoberbecerse más de lo conveniente a su edad y al respeto debido al anciano fraile, que, puesto en pie y revistiéndose de autoridad, así le dijo:

«¡Yo os juro por la vida del Rey, que aunque España entera se propusiera estorballo, no se pondrá mañana el sol sin que estén cumplidas las órdenes de Su Alteza!» Con esto le despidió, saliendo el Infante para Aranda con gravedad impropia de sus años, tratando de que la camarilla y otros grandes señores, escribieran al Rey su hermano para disuadirle de tan violenta medida, disparate que le quitó de la cabeza el ilustre Marqués de Aguilar, nuevo guardador del Príncipe, y persona adicta a Cisneros, caballero a carta cabal, del que se decía era la más noble criatura que había en el mundo. Hasta que se marchó a Flandes al arribar Carlos a España, estuvo a su servicio, causando buen influjo en el espíritu del niño, el cual, por mostrar su adhesión al hermano, despidió veintisiete personas de su servicio, que más podría decirse de su «deservicio».

Cisneros aconsejó a Carlos que mandase a su hermano a Alemania con su abuelo Maximiliano, para bien de ambos, pues si están juntos pudiera ser que se consumiesen el uno al otro, y que no le cambie pobre y sin esperanza alguna, prometiéndole después de los días del Emperador la parte que a Su Alteza cabe de los Mayorazgos y patrimonios que espera.

El efecto de estos consejos no los vió Cisneros con su muerte, pero fueron una profecía, pues cuéntase que

pidiendo Carlos en una ocasión agua para lavarse las manos, Xevres mandó al Infante Fernando que se la llevase con objeto de humillarle ante su hermano el Rey; pero éste sintió esta afrenta del Infante, oyéndosele decir: «cuán bien me aconsejaba Cisneros», reconociendo no debía humillar a su hermano.

También resaltó la prudencia del Ilustre Purpurado en la guerra de las Comunidades, pues de haber estado Fernando en España, le hubiesen tenido por bandera y habría sido más enconada la lucha.

40.—POR FIN LLEGA CARLOS A ESPAÑA. ÚLTIMAS DISPOSICIONES DEL GOBIERNO CISNERIANO, Y POSTRERAS CONTRARIEDADES. CARLOS ESCRIBE AL CARDENAL DESPIDIÉNDOLE DE SU CARGO POLÍTICO. ¿FUERON CIERTAS ESTA CARTA Y SU LECTURA POR EL VIEJO SERVIDOR?

Rompiendo Carlos todas las ligaduras que le retenían en Flandes, embarca por fin el 7 de septiembre de 1517 con rumbo a España, haciendo una navegación rápida y feliz, únicamente turbada por el incendio de una de las naves cargada de «los generosos caballos belgas», pereciendo éstos junto con la tripulación.

A los once días (el 19 de septiembre) llegaron a las costas Asturianas, en Tazones, junto a Villaviciosa, cuyas gentes, creyendo eran franceses o piratas, huyeron al interior de los montes, mientras los hombres se aprestaban a la defensa. Al Rey le hizo esto mucha gracia y, mandando alzar banderas españolas, les gritó: ¡España!, comprendiendo entonces el error aquellos sencillos aldeanos, que cayeron de rodillas ante su nuevo soberano, al que condujeron alborozados a Villaviciosa, y que dado su entusiasmo pretendieron se llamase «Villadichosa», toponimia que no prevaleció después.

Inmediatamente, el Rey y Ayala escribieron a Cisneros comunicándole su feliz arribo, deshaciendo así las dudas de los malsines, que no creían en el viaje del Monarca; carta que recibió el Cardenal el 23 en La Aguilera, sirviendo esta misiva de consolación y alegría al Regente, que por su delicado estado de salud no pudo salirles al encuentro para besarle las manos y pies, como hubiese sido su voluntad.

El Cardenal preparó el itinerario y bastimentos para el viaje del Rey. Pero éste envió noticias a Cisneros ordenándole se estuviese quedo, atribuyéndose esta orden a que los flamencos temían que al ponerse en contacto del Rey, los caballeros castellanos lo habrían de dominar, y el Cardenal habría de arreglar las cosas del Rey conforme a la política y servicio de la Patria.

Los del Consejo, sin hacerle caso, y despreciando todas las órdenes del Regente, salieron al encuentro de Carlos, cosa que indignó al Cardenal, amenazándoles con formar nuevo Consejo. El mismo Carlos mandó una orden para que inmediatamente se volvieran al lado de Cisneros, que benignamente les perdonó tal liviandad y ligereza, dejándoles avergonzados, aunque su presidente podría ser mejor pupilo de una casa de Orates.

Por Ribadesella llega la comitiva a San Vicente de la Barquera, donde se detienen bastantes días. Desde allí escriben todos al Regente, adulándole a porfía para obtener su gracia, haciendo incluso lo mismo el desvergonzado D. Juan Manuel con rumbosos y diplomáticos conceptos, interesándose por la salud del Arzobispo, que, en honor a la verdad, le importaba un ardite. Lo mismo hicieron el tunante de La Chauz y el granuja de Amerstoff.

El día 8 de octubre estaba la Corte en Cabuérniga, siguiendo para entrar en Castilla el itinerario propuesto por Cisneros, ruta la más segura entonces para evitar los lugares donde a la sazón se desarrollaba una epidemia de «peste» (¿gripe?), y la más corta para llegar al fin del camino. Pero los cortesanos flamencos lo pen-

saron mejor, y para dar largas a la entrevista con Cisneros, que a toda costa querían evitar, procuraron rodear lo más posible.

El 4 de octubre, día del Prelado, estaba lejos el Monarca del lugar donde le esperaba el anciano amigo. Este, en franca mejoría debida a la inyección moral que con la venida a España le había reanimado el Rey, con un pequeño esfuerzo pudo celebrar Misa con lágrimas en los ojos, comiendo después en el Refectorio de la Comunidad en aquellas humildes mesas lleno de consuelo y rodeado de sus sencillos hermanos en religión aquel Rey con capucha.

El 12 de septiembre se encontró tan mejorado, que despachaba los asuntos de gobierno sin fatiga alguna, dedicándose especialmente en escribir cartas a sus secretarios, consejeros y al mismo Rey, para prevenirle paternalmente de las tramas y enredos de los grandes, dando sus atinados consejos que de tanto sirvieron después a Carlos, que mantuvo a raya la concupiscencia de los grandes no sujetos a ley, pero respetando y considerando a los que le podrían servir.

Otros pormenores le indicaba el Cardenal al Rey: Que tratase como padre a los pueblos. Que la Hacienda se la dejaba entera y saneada, como nunca se había visto (ni se ha vuelto a ver desde Fernando VI y Carlos III), pero que se derrocharía inmediatamente si no se iba a la mano en los gastos y prodigalidades, y que si bien piensa entregarle el poder y retirarse de los negocios, tenga a bien seguir oyendo sus consejos, dada la experiencia adquirida.

El Rey pasa los puertos de Reinosa y llega a Aguilar de Campos (Palencia), donde se le presentaron los de la Cámara Real de Castilla para saludarle y tuviera a bien confirmarlos en sus cargos, como se les tenía prometido; pero lo dejó para Valladolid, y allí, una vez muerto Cisneros, su protector, y como enemigo al Presidente del Consejo, que les odiaba cuanto podía, no fueron recibidos, siguiendo en sus cargos los que de Flandes ya los traían: el Obispo Mota y D. García de Padilla, «proveídos por non santas maneras».

El 26 de octubre vemos a la Corte en Valle (Castrojeriz), desde donde se envió a Valladolid a cuatro aposentadores Flamencos, que entrevistados con los que buscaban alojamiento para el Cardenal, dió origen a inesperado incidente.

Habían pedido éstos para su señor cierta casa del Licenciado Bernardo, con cuarto abrigado del cierzo, dada la precaria salud del Purpurado, negándose los belgas, que lo destinaban a la Reina Germana, teniendo que intervenir el Duque de Escalona, gran amigo de Cisneros, que obligó al aposentador Torramunda desistiera de su cazurra tozudez. Así lo hizo, pero por mortificar al Cardenal, ordenó que sus servidores y familiares se alojasen en un lugar de las afueras de Valladolid, con objeto de dejarle solo y aislado.

Cisneros se indignó de aquella injusta resolución, pero reprimiendo su enfado, reconoció la bajeza de miras de aquellos aúlicos, que como invasora *horda* abatíanse sobre España.

El 3 de noviembre sale el Rey de Ampudia, para pernoctar en Villanubla, con intención de visitar a su madre en Tordesillas, antes de entrar en Valladolid.

El Prelado venía decayendo progresivamente, y el Rey tenía deseos de llegar a tiempo de verle. Pero sus odiosos consejeros, que incluso tenían «gran noticia de su precaria salud... ¡y del médico que le curaba!, recibían grandes avisos cada día, y hasta conjeturaban el tiempo que podía vivir «según natura», dado lo cual procuraban retardar el viaje del Monarca para evitar la entrevista».

El 17 de octubre, en que la peste se va extendiendo por Aranda, se piensa trasladar al Cardenal a Roa. Puesto con gran cuidado en cómoda litera, calzado cerrado en los pies (por primera vez en su vida religiosa), con guantes y polainas de piel de Marta cebellina, y bien

abrigado con suaves ropajes de armiño, colocáronle un brasero de plata con ascuas de enebro, cuyos gases «fortalecían el cerebro», y para las manos un globo metálico con una plancha caliente en su interior, emprendiendo así el viaje de una a la otra ciudad del Duero (24 kilómetros), quedando alojado en el suntuoso palacio del Conde de Siruela (49).

Allí siguió despachando asuntos, con más firmeza en el pulso que en la vista, que ya se le iba flaqueando, sobre todo de un ojo, que decían «haberle aido reuma» y en el que le hacía daño las luces cercanas.

La enfermedad se le recrudeció, añadiéndose a las calenturas una «parótida o postema en la cabeza, que no pudiendo tener buena cura por el poco calor del sujeto, se le resolvió adentro, y le manaba tal vez por los oídos, y las manos se le llenaron de panadizos que vertían materia».

Con todo y con esto, cuatro días antes de morir, estaba empeñado en ir a Valladolid a esperar al Rey y dirigir las cosas de Orán, ordenando al Marqués de Comares que se defendiera dentro de la plaza fuerte.

Muchas ansias tenía el ilustre fraile por conocer a su Rey, ya por el bien que con su entrevista podría hacer a su pueblo, como por el positivo cariño que con el trato epistolar se había engendrado. Como fervoroso monárquico no quiso morir sin ver a su coronado Señor. Pero éste, el mismo día 4 de noviembre, desde Villanubla, ya había puesto en camino de Roa la famosa carta a su gran Ministro, y que tan acremente ha juzgado la Historia desde aquellos tiempos, como uno de los más insignes ejemplos de fría, desdeñosa y pérfida ingratitud que suministran los anales de los Reyes.

Nunca hasta ahora han estado de acuerdo los autores en muchos de los puntos de vista concernientes a este documento y sus consecuencias.

Tres son las cuestiones a discutir, sino con todo el fundamento de la verdad, por lo menos con el de la lógica, y aun mejor, aunando las dos partes del problema.

La carta, ¿se escribió?, ¿la leyó Cisneros?, ¿le causó la muerte?

La carta se escribió, y esto es lo que más sonó de la riada. «Llegó ya el Rey a Valladolid, y escribió dos cartas; una para el Cardenal y otra para el Consejo, a que viniesen a Mojados». Al Cardenal le daba las gracias por lo pasado y le rogaba llegase a Mojados, para lo aconsejar, porque luego se podría volver a descansar.

Esta carta fué inspirada y escrita por D. Pedro Ruiz de la Mota, prelado cortesano, astuto y afortunado burgalés llegado a Flandes como amigo de D. Felipe el Hermoso, y después maestro y secretario de Carlos, Consejero de Estado, y de gran influencia en la voluntad del Rey, que le hizo Obispo de Badajoz y de Palencia, después muy amigo de los Flamencos, pero aborrecido de los demás, y uno de los que precipitaron los movimientos Comuneros. No podía ser amigo de Cisneros aquel astuto antiespañol, afortunado maestro de trapacerías, que pintó fielmente su asquerosa conciencia en aquella suave y meliflua al par que hipócrita carta con que hirió como aspid venenoso en lo más vivo el espíritu del noble y desinteresado ministro español.

Tal vez Mota aconsejó a Carlos firmase aquélla (¿sin saber lo que firmaba?), pues a pesar de su excelsa inteligencia y su cariño a Cisneros, era entonces un joven de diecisiete años en plena inesperienza enredado en la

(49) Este Palacio fué en sus primitivos tiempos de los Reyes de Castilla, pues D.^a Blanca de Navarra y Enrique IV, casados en 1440, lo habitaron. En 1470 pasa a ser propiedad del Conde de Siruela, llamado Juan de Velasco, que estuvo a servicio de Enrique. En 1482 sucedió por muerte a su hijo Francisco, muerto en 1505. Sucedióle su hija Leonor, casada con Cristóbal de la Cueva y Velasco, en cuyo tiempo tuvo lugar en este Palacio la muerte del Regente.